

podrían detener al género humano en la pendiente de corrupción por donde caminaría sin Jesucristo. Una sola vez, desde que el universo es cristiano, permitió Dios que la sola razón, representada por sabios notabilísimos, gobernara una sociedad, dictando hasta los menores actos de la vida privada. La historia ha consignado ya, en los cuadros horrendos de la revolución francesa, todo el envilecimiento de un pueblo sin Jesucristo.

Hasta aquí he hablado el idioma de la fé; en adelante hablaré el de la razón y la experiencia. Ante estas dos luces, ¿qué es el sacerdote? Es un factor indispensable de las verdaderas libertades públicas. No iré á escoger, para probar mi tesis, entre los representantes ilustres del sacerdocio, á S. Ambrosio, deteniendo en Milán al Emperador que no había cumplido su deber; á León Magno enseñando á los bárbaros la humanidad; á Fray Bartolomé de las Casas recordando al monarca más absoluto del siglo XVI, el tremendo juicio de Dios; al Abate Emery, oponiendo á Napoleón, ebrio de tiranía y de gloria, la fuerza irresistible de la conciencia católica. No, Señores, aunque prueben mi aserción, rechazo esos ejemplos por poco comunes, y porque pudiera decirse que se debían al carácter y á las circunstancias propias de los sacerdotes que los verificaron, y apoyo mi aserción en la conducta ordinaria de los sacerdotes vulgares, si vulgaridad pudiera haber en el sacerdocio; de los que vemos diariamente recorrer las calles de nuestras ciudades en el ejercicio de su ministerio; de los que ascienden de ordinario á la humilde cátedra de olvidada iglesia.

Mucho se habla en nuestros días de libertad. En su nombre se han propalado errores gravísimos, y se han cometido crímenes abominables; mas como quiera que sea, es ese nombre el que más han oído los pueblos, y han acabado por amarla con indiscrepible frenesí. Gracias á Dios, nosotros también podemos hablar de libertad, porque hay una, la verdadera, que es necesaria y santa: es la libertad del bien, la que consiste en el respeto al derecho ajeno, sea de los gobernantes, sea de los súbditos. Esta libertad, que es el orden, la tranquilidad, en una palabra, la paz de los pueblos,

no puede existir sin una noción clara y precisa del orden moral y sin una voluntad terminante y enérgica de cumplir este orden. ¿Necesitaré probarlo? ¿Quién no vé nacer la tiranía en el momento en que príncipes ó pueblos quebranten cualquiera de estas dos bases de la sólida libertad? Cuando se ignoren los derechos que deben respetarse ¿cómo no llegará un día, en que tarde ó temprano no se alcance tan innoble objeto?

Los Gracos quisieron libertar al pueblo Romano de la tiranía de los patricios; pero ignoraron la ley moral, que manda respetar la propiedad, y se convirtieron ellos y el pueblo de Roma en tirano de los grandes. Napoleón conoció la dignidad de sus súbditos, pero su voluntad no quiso respetarla, y se convirtió en tirano de Francia. De aquí deduzco que la verdad y el amor son los elementos de la verdadera libertad. La fé católica está, como siempre, de acuerdo con la razón. *La verdad os libertará*, dice la santa Biblia; y en otro lugar nos enseña el mismo sagrado texto que donde está el espíritu de Dios, que es el amor, está la libertad. La verdad es elemento de libertad, porque nos dá á conocer los derechos que debemos respetar; el amor, porque es la fuerza única que nos hará cumplirlos. Pues bien, sólo el sacerdote enseña de una manera efectiva y eficaz la verdad y el amor.

Prescindo de que la doctrina católica, cuyo órgano genuino somos los sacerdotes, es la única que posee la ciencia del bien y del mal, es decir, de los derechos y de los deberes. Si quisiera hacer mérito de esta prerogativa, mi aserción estaría muy pronto demostrada, pues, ¿qué van á enseñar otros hombres que ignoran los fundamentos ciertos del orden moral? ¿Cuáles serán los deberes que enseñan y los derechos que predicán, si la razón humana ha variado todos los días en esta rudimental doctrina? Supongo que se conocen, por otros que por los sacerdotes, los verdaderos derechos y deberes, y que no se vacila nunca al enseñarlos; y afirmo sin embargo, que sólo el sacerdocio los predica eficaz y fructuosamente.

¡Cosa extraña! La razón del hombre ama la luz y la busca por todas partes; sin embargo, cuando al manifestársele, contraría alguna de las pasiones, el hombre la odia; y como

no puede volver sus fuerzas contra ella y aniquilarla, conviértese contra el que le lleva esa luz, y quiere apartarlo de su presencia, destruyéndolo, si fuese necesario. Hay también otro fenómeno, que no se escapa á la más ligera observación, y es que aquellas verdades de que el hombre tiene más necesidad son las que más quisiera que se le ocultaran; y como el orden moral tiene más que otro ninguno esta desgracia, es el que más incomoda á los humanos, y por tanto, es el que requiere más abnegación de parte de sus predicadores, para hacerlo resonar en todas las conciencias.

Cierto es que ordinariamente no se opone á la verdad la resistencia armada; que no se lanza al que la predica á fuego y sangre para no escucharla; pero, ¿quién podría medir la resistencia del desprecio y del desdén? No se cierra la boca del maestro; pero el discípulo se tapa los oídos y vuelve las espaldas para no escuchar; y el maestro debe seguirlo á todas partes, para expiar el instante en que esté abierto aquel corazón, para depositar la verdad que tanto le interesa. Decidme, Señores, ¿quién hay entre los maestros seculares que haga tal cosa? El filósofo abre su cátedra, y enseña á los que quieren oírle; el legislador promulga solamente su ley para los que quieran escucharla, y hasta los amigos, el padre y la madre, suelen detenerse ante las puertas de un corazón que se cierra. Asistid á la enseñanza parroquial: hoy el templo está henchido, mañana está desierto; y el cura anuncia siempre las mismas verdades. Concurrid á cualquiera templo, y allí veréis ordinariamente á un sacerdote dispuesto siempre á decir la verdad, la verdad necesaria á cada uno, la que es más fecunda, porque es más íntima, más personal, si así puedo decir. Y ¿no habéis visto ordinariamente muchos hombres, apartándose todos ellos de sus negocios, para encerrarse en la soledad y el silencio? En medio de esa reunión, escucharéis la voz del sacerdote, que los ha reunido para enseñarles la verdad, exhortarlos á que conformen su voluntad con esa norma suprema. Permitidme, Señores, char á un lado las perfrasis. El sacerdote enseña la verdad del orden moral en el púlpito, donde le veréis todos los días; en el confesonario, donde está á cada instante; en los ejercicios espirituales que

dirige, en las misiones que convoca; y cuando, el espíritu de su ministerio lo circunda por completo, él es el que va por las calles y las plazas, cumpliendo esta orden de S. Pablo: *Insta, argue, increpa, obsecra, importune et oportune, in omni patientia et doctrina*. Y vuelvo á decir: no son estos ejemplos raros: abrid los ojos, ved, formad la estadística de sermones, de ejercicios, de confesonario, y os convenceréis de la paciencia del sacerdote enseñando la verdad. Además, Señores, esta enseñanza, si es social, debe ser gratuita, porque el más necesitado de ella es el pueblo: los ricos pueden ir á buscar maestros; el pobre no tiene que darles, en cambio de su trabajo, ni tiene tiempo que robarle á este para dedicarlo al aprendizaje; y por rudo, por más ignorante, por más sumergido en un medio malo, es quien más necesita que su espíritu sea llevado á regiones más altas, que sean calmadas sus pasiones con el refrigerio de la verdad. Y los pobres constituyen la gran masa de los pueblos; son como la base en que reposa la sociedad. El día en que se conmueva, acaecerá un cataclismo espantoso, en que se hundirá todo el orden de las naciones. Señores: si el pueblo tiene algún maestro, y entre nosotros, si de algún timbre de gloria puede hacer ostentación el sacerdocio, es indudablemente, de haber enseñado siempre á los pobres. Nuestra cátedra es la única gratuita; nuestra cátedra es la única que se abre á la hora que el pobre la necesita, porque está abierta á todas horas; nuestra palabra es la única que conoce los caminos secretos del corazón del pueblo, porque los sacerdotes somos los únicos que día á día estamos en contacto con él, y porque es nuestra voz la única que descende, envuelta con las vestiduras del amor.

El amor, Señores, la otra fuerza coercitiva de la tiranía, ¿quién la enseñará á los hombres, sino el sacerdote? Ya su enseñanza misma es enseñanza de amor: *Amarás al prójimo como á ti mismo; orarás por los que te persiguen y calumnian, harás bien á los mismos que te aborrecen*. He aquí la materia de sus enseñanzas; pero además, El es el único que enseña el amor, porque es el único que consuela. ¡Así es el corazón del hombre: se abre de par en par, y se deja sobrecojer por el amor, cuando el consuelo y el amor llaman á su puerta! No

importa que antes haya aborrecido y despreciado á toda la humanidad; el día que un solo hombre lo ame y lo beneficie, el amor fecundo brotará en él, y lo redimirá de sus antiguos sentimientos.

La humanidad entera necesita los consuelos del sacerdote; subid á las más encumbradas gerarquías sociales, á las que parecen dichosas, á las que están por todas partes rodeadas de la opulencia. ¡Cuántas veces el amor no vive entre ellas! ¡Cuántas veces el abandono más absoluto reina en aquellos pechos cubiertos de seda! Y entonces, ¿dónde encontrar el corazón confidente de aquel abandono? El sacerdote está siempre dispuesto á hacerlo, y por más ignorante que lo suponáis, siempre encontrará en el fondo de su doctrina y de su poder, algún consuelo que impartir. Y aunque el hombre estuviera rodeado de todos los amores, aunque á su lado estuviesen las caricias de su madre, ó de los hijos, ó de los esposos, hay dolores más íntimos, más profundos, más verdaderos; ¡Dichosos vosotros, si no los habéis sufrido! Son aquellos que tienen una causa que no podrá decirse á nadie, porque el rubor quemaría el rostro: porque se teme que al saberlos, quienes nos aman sólo con amor humano, se aparten de nosotros ó les causemos insanable herida. Si el sacerdocio no existiera, el dolor de la humanidad lo hubiera hecho brotar para satisfacer esta triste necesidad! Nosotros somos depositarios de esos tristes secretos, conocemos esas llagas ocultas y somos quienes las curamos!

¡La inmensa multitud de los hombres está desvalida y es despreciada! ¿Quién se acuerda del dolor, del abandono, del desgarramiento que produce el vicio ó la miseria en el corazón de los pobres? Tugurios infelices, abandonados muchas veces del amor, visitados frecuentemente por el crimen, por la miseria, por ¿quién de los hombres se acuerda de los seres desgraciados que cobijáis? Señores: yo he comprendo perfectamente el anarquismo, y me lo he explicado cuando he visto pobres muriendo de hambre y de miseria, al lado de graneros henchidos, cerrados, más que por los cerrojos, por la dureza de corazón de sus dueños; cuando he contemplado pobres, abandonados de todos, sin una mano que se alce para

acariciarlos, ni una boca que se abra para consolarlos, ni un corazón para amarlos. El día en que nuestro influjo desaparezca, cuando seamos proscritos, ¿quien irá á consolarlos? ¿quién les revelará que la humanidad, que está más alta que ellos, no es tirana? ¿quién calmará la ira que naturalmente debe producirse por ese dolor, sin consuelo y sin alivio?

He aquí, pues, los títulos con que nos presentamos como defensores de las verdaderas libertades públicas: enseñamos á la sociedad á conocer sus derechos mutuos y sus obligaciones recíprocas, y enseñándole el amor al hombre, influimos en su voluntad para que en verdad lo respete. Parece, sin embargo, que aún no está bastante demostrada esa influencia en la libertad, pues aparte de los súbditos están los gobernantes; y no he dicho hasta ahora, cómo el sacerdocio influya en estos, para evitar que se conviertan en tiranos. Me bastará decir que estamos, como se dice, en el siglo de la democracia, que vá á buscar sus gobernantes entre el pueblo; pero como tengo para mí que es histórica y filosóficamente cierto que la autoridad no es democrática, sino que siempre termina en la aristocracia velada, y muchas veces, en más ó menos disfrazada monarquía, tomaré otro camino para completar mi prueba. No temáis que abuse más de vuestra paciencia: pocas palabras me bastan.

La historia comprueba dos fenómenos, cuyo análisis sería, primero: las grandes evoluciones en el sentido de la verdad y el bien han empezado siempre por el pueblo; por esto, Constantino llegó al trono hasta que el universo fué cristiano, y por esto también, no obstante los generosos esfuerzos de Carlo Magno, fueron necesarios más de cuatro siglos de trabajo constante, para que brillara el siglo de León X. Segundo: las tiranías se estrellan, no ante las revoluciones, que sólo las modifican ó las cambian, sino ante la resistencia pacífica de un pueblo que cumple su deber. No de otra suerte acabó el cristianismo la cuatro veces secular tiranía de los emperadores romanos; y cuando la tiranía de Napoleón todo lo había vencido, ciencia y filosofía, ejércitos y reyes, sólo se detuvo ante la conciencia del inerme Pío VII y de sus súbditos fieles al deber; unos días más, y Waterloo no hubiera sido necesario para derrocar al coloso.

No quisiera decir más, para no aumentar el fastidio que naturalmente habrá engendrado en vosotros tan prolija y desaliñada oración; pero durante todo el tiempo que empleé en ordenarla, estuvo asediándome un pensamiento, que es una objeción. Si habemos sacerdotes que no somos así, que no cumplimos nuestro deber, que hollamos nuestra dignidad; ¿cómo entonces hablar así? Pero pensé luego: tales sacerdotes no somos el orden sacerdotal, somos manchas del sacerdocio; y un profundo pensador escocés ha dicho: «Cuando cae una mancha en riquísima alfombra de Stambul, el necio la muestra con el dedo, el sabio la cubre con su manto.»

¡Jóvenes seminaristas, que habéis debido ser el objeto preferente de nuestro afecto y de nuestros desvelos, y soís ya ante la sociedad, ante nuestro Prelado y ante Dios, nuestra corona ó nuestra pena, hoy es para vosotros el gran día de la justicia. Vosotros, los que no habéis recibido galardón alguno, pensad que no dároslo nos causa á nosotros tanta ó mayor pena, que á vosotros no recibirlo; que nuestra justicia ni es la última, ni es siempre verdadera, porque puede engañarse; y estad seguros, que si de verdad, vuestra conciencia os asegura que habéis trabajado y merecido premio igual al de vuestros compañeros, ese testimonio es ya una recompensa, preludio de otra mayor que os reserva la justicia verdadera, la única que es infalible, la que no deja sin recompensa ni un solo buen pensamiento: la justicia de Dios. Pero si no tenéis ese testimonio, ni aun así os abatáis: no os creemos inferiores á los demás; los sacerdotes estamos impuestos á ver resurrecciones de almas; el tiempo es largo, la gracia de Dios es poderosa, vuestro corazón es generoso; mañana podéis ocupar un lugar preferente en el amor de este plantel. Y vosotros, los que recibís el galardón de vuestro trabajo, colocad sobre él la aureola de la humildad, que reconoce en Dios la fuente de todo bien.

FRANCISCO BANEGAS.

